

HISTORIOGRAFÍA

Carlos Adrián Casas hace importantes revelaciones sobre la producción, comercialización y distribución del tabaco en el Saltillo de 1825.

PÁG. 6

ENTREVISTA

Mario Carrillo Palacios pondera el papel de frailes y tlaxcaltecas en la configuración cultural de esta tierra durante la Conquista.

PÁG. 12

ARCHIVÍSTICA

Belem Fernández Díaz hace un llamado a participar en el desarrollo de políticas de preservación documental en el México actual.

PÁG. 14



Gazeta del Saltillo



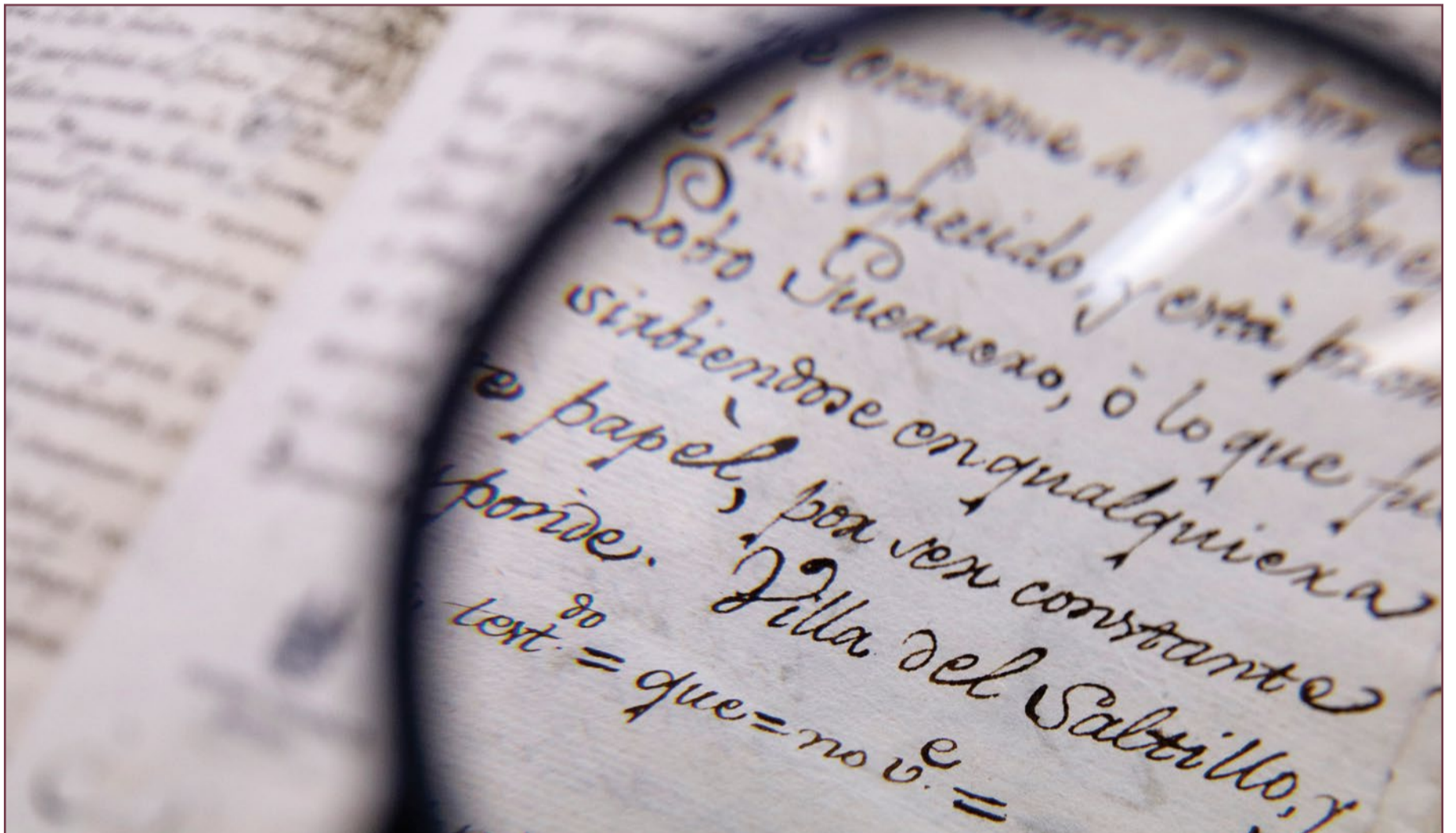
DEPARTAMENTO EDITORIAL
- Archivo Municipal de Saltillo -

ÓRGANO DE DIFUSIÓN DEL ARCHIVO MUNICIPAL DE SALTILLO

NÚMERO 3
Año V

www.archivomunicipaldesaltillo.gob.mx

TERCERA ÉPOCA
Septiembre - Diciembre 2018



Documento del Fondo Presidencia Municipal del AMS. Foto: Antonio Ojeda, 2018.

Retazos para evitar un "memoricidio"

EDGARDO CIVALLERO

LOS RECUERDOS CONTENIDOS EN LA memoria colectiva son el reflejo de todo lo vivido, todo lo pensado, todo lo imaginado, todo lo soñado por todos los humanos que en el mundo han sido. Recuerdos vívidos y reales, o mitificados y absolutamente deformados por el paso del tiempo... Cientos de miles de millones de visiones, creencias y perspecti-

vas en miles de lenguas distintas, algunas desaparecidas hace siglos, construyendo la realidad como si fuese un mosaico de infinitas teselas, o un cuadro puntillista que necesitara de las manos de todos los artistas disponibles para dar, cada uno, una única, mínima pincelada.

La memoria colectiva es el depósito de todos los saberes, de lo aprendido y descubierto, de lo conocido.

Es el archivo de lo ocurrido, de lo hecho, tal y como los protagonistas de esas ocurrencias y esos hechos lo vivieron, lo percibieron y decidieron contarlo y recordarlo. A veces fue escrita, otras veces fue transmitida mediante palabras habladas o cantadas. Y a veces, las más, no se transmitió y se desvaneció junto con sus creadores.

Continúa en página 15.

Nuestra tierra y su cocina

CARLOS RECIO DÁVILA

EN 1591, ES DECIR 14 AÑOS después de la fundación la villa española del Saltillo, contigua a ella nació el pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala con 90 familias de indígenas originarios del centro del país. Los indígenas mesoamericanos, al arribar al valle, seguramente aprovecharon algunos de los alimentos consumidos por los recolectores y cazadores de la región, como las vainas de mezquite, el quiote de maguey y las pencas de lechuguilla preparadas en forma de barbacoa, además de tunas, nopales, esquites y animales, como los venados, aves y peces de la región.

Continúa en página 5.



Retazos para evitar un “memoricidio”

Viene de la página 1.

EDGARDO CIVALLERO

DE LA MEMORIA COLECTIVA, DEL ACERVO de todos los recuerdos de nuestra especie, hemos sido capaces de conservar un mero fragmento. Ínfimo. Irrisorio casi. Conservar tal fragmento nos ha costado un esfuerzo inimaginable: a veces nos hemos visto forzados a sujetar entre nuestras manos migajas que parecían condenadas a desaparecer para siempre, y otras hemos debido rescatarlas de las fauces del olvido, siempre tan proclive a devorar todo aquello que encuentra a su paso.

La mayor parte de la memoria humana se perdió, y un buen porcentaje de la conservada fue destruida a lo largo del tiempo, bien accidentalmente, bien debido a un deliberado (y generalmente exitoso) intento de “memoricidio”. Hemos llegado a nuestros días con retazos de lo que fue, de lo que supimos, de lo que hicimos... Con base a esos retazos tejemos esa serie de conjeturas —más o menos cercanas a la realidad— que llamamos “historia”, y construimos ese inestable edificio que conocemos como “identidad”.

Nuestra identidad como humanos, como especie, está basada precisamente en nuestros recuerdos (Eco, 1999, 2002; Wiesel, 2002). O en lo que creemos, queremos o preferimos recordar. Lo mismo ocurre con nuestra identidad como varones o mujeres, como habitantes de un país o de cierto lugar, como personas de piel más clara o más oscura... La memoria —las experiencias compartidas a lo largo del tiempo— nos hace quienes somos (Assmann, 1988; De Zan, 2008; Mendoza, 2009; Souroujon, 2011).

El proceso de producción de memoria no se detiene: es constante. Mientras haya seres humanos seguirá creándose memoria colectiva: mucha desaparecerá, y un par de piezas —las que se consideren más importantes, o simplemente las que logren sobrevivir— serán conservadas. La memoria no es, pues, algo lejano: la niñez de nuestros padres, y nuestra propia niñez, ya son parte de la memoria de nuestro grupo, e incluso de la de nuestra sociedad. Lo que sea que haya sucedido la semana pasada, o el día de ayer, o hace cinco minutos, lo es también.

La memoria colectiva es patrimonio de toda la humanidad (Taylor, 1982, 1983). Un patrimonio intangible, en cuanto no se puede tocar. Tal intangibilidad hace que ese patrimonio sea mucho más difícil de identificar, de recuperar y de conservar. Preservar algo etéreo para evitar su desaparición implica fijarlo a un soporte y convertirlo en un bien tangible, o fomentar las condiciones para que esas memorias, esos recuerdos, esos saberes sigan siendo repetidos, reproducidos y perpetuados. O ambas a la vez.

GESTIONANDO LA MEMORIA

Una de las funciones centrales de las instituciones de conservación de la memoria ha sido, como su nombre

bien indica, ocuparse de recolectar, organizar y proteger nuestro patrimonio intangible. Una cuestión de posibilidades y economía de recursos las ha llevado, evidentemente, a ocuparse de su memoria más cercana: la de su país, su ciudad o su comunidad.

A esa función de conservación se le suman otras de acceso y de divulgación. Pues el conocimiento, cuando es encerrado en cajas o entre cuatro paredes, termina marchitándose: convirtiéndose en una inútil colección de palabras, o de imágenes, o de sonidos desvaídos y cenicientos. Algo absolutamente estéril y, por ello, totalmente desperdiciado. Y, sobre todo, un conocimiento alejado de su función original: abrir puertas, trazar caminos, provocar el interés y la curiosidad, y sembrar las simientes que permitirán que los saberes se reproduzcan una y otra vez, generación tras generación.

A pesar de la necesidad de garantizar tanto el acceso como la divulgación de la memoria que preservan —necesidad recalcada en las recomendaciones internacionales antes citadas—, son numerosas las instituciones que, aún hoy, e imitando a sus predecesoras de hace un par de siglos, siguen comportándose como cancerberos del patrimonio que cobijan, aislándolo de su entorno y de sus potenciales usuarios en un innecesario exceso de celo protector.

Es preciso notar que, en el caso de las bibliotecas, las colecciones suelen estar basadas en el modelo estándar dominante: uno que da un lugar preferencial a la palabra escrita y a la fuente autorizada. Esto implica que las voces recogidas en tales colecciones (incluyendo las patrimoniales) suelen ser, en líneas generales, las de aquellos que han podido escribir y publicar lo escrito, y cuyas palabras han sido consideradas como “apropiadas” para ser preservadas.

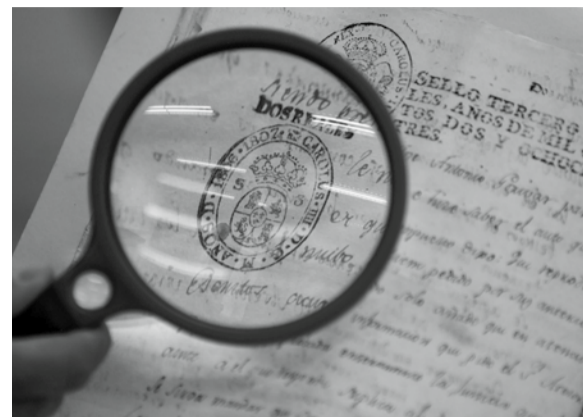
A esto hay que agregar el colonialismo socio-cultural implícito en buena parte de las bibliotecas de aquellos países que han sido antiguas colonias de las potencias imperialistas europeas. Bibliotecas que, aún hoy, siguen respetando políticas de gestión de la memoria que se miran en la antigua metrópoli y dan escasa importancia a las culturas e historias nativas y locales.

Dado que es físicamente imposible rescatar toda la memoria, es preciso establecer políticas o lineamientos que den prioridad a la salvaguardia y la preservación de determinados elementos. Y es en el diseño de esos lineamientos cuando los sesgos señalados anteriormente —el colonialismo, la prevalencia de determinados sectores sociales, la invisibilización de otros— cobra total relevancia.

De esos lineamientos depende qué memorias se conservarán para el futuro y cuáles no. Los sesgos no harán otra cosa que perpetuar la voz y el modelo dominante, y terminar de borrar del mapa al indígena, al campesino, al pobre, a la mujer, al rebelde, al anciano, al enfermo o al opositor. Todos ellos, parte también de nuestra memoria, nuestra identidad y nuestra cultura. Quizá mucho más “parte” y más cercanos a nosotros

Todo está guardado en la memoria / sueño de la vida y de la historia. —León Gieco.

La memoria. En “Bandidos rurales” (2001).



que cualquiera de los fragmentos que se pretenden guardar, o de los que ya componen la “historia oficial”.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Es preciso recordar. Recordar quiénes somos, y de dónde venimos, y qué hemos hecho —bien o mal— y dejado de hacer para llegar hasta aquí, dónde estamos parados hoy. Recordar que hubo otras voces y otros caminos, recordar que otras realidades fueron posibles, recordar que hay (todavía) otras posibilidades y otras soluciones. Recordar también que hay ciertos senderos que no merecen ser transitados, y que toda acción tiene su consecuencia.

La gastada cita del uruguayo Eduardo Galeano, que señala que una sociedad sin pasado ni memoria difícilmente será capaz de imaginar su futuro, cobra, en este contexto, un sentido de trágica urgencia. Las bibliotecas, los archivos y el resto de las instituciones de gestión de memorias tienen que estar atentas. Tienen que estar activas. Tienen que despojarse de muros y barreras y comprometerse con unas sociedades que necesitan información, ahora más que nunca.

Tienen que despojarse de prejuicios y estereotipos, de racismo y clasismo más o menos disimulados, de elitismos. Deben incluir en sus estantes la mayor cantidad y variedad posible de la memoria de su comunidad. Muchos de esos recuerdos serán útiles en los tiempos por venir. Y aunque no lo sean, son necesarios para construir sociedades plurales y saludables en donde todas las historias y todas las identidades tengan el mismo peso y la misma presencia.

REFERENCIAS

- Assmann, Jan. (1988). *Kollektives Gedächtnis und kulturelle Identität*. En Assmann, J.; Hölscher, T. (eds.). *Kultur und Gedächtnis*. Frankfurt/Main: Suhrkamp, pp. 9-19.
- De Zan, Julio. (2008). Memoria e identidad. *Tópicos. Revista de Filosofía de Santa Fe (Argentina)*, 16, pp. 41-67.
- Eco, Umberto. (1999). A todos los efectos. En Carrière, J. et al. (eds.) *El Fin de los Tiempos*. Barcelona: Anagrama, pp. 215-272.
- Eco, Umberto. (2002). Preámbulo ¿Sólo puede construirse el futuro sobre la memoria del pasado? En Barret-Ducrocq, F. (dir.) *¿Por qué recordar?* Barcelona: Granica, pp. 183-186.
- Mendoza, Jorge. (2009). El transcurrir de la memoria colectiva: La identidad. *Casa del Tiempo*, 2 (17), marzo, pp. 59-68.
- Souroujon, Gastón. (2011). Reflexiones en torno a la relación entre memoria, identidad e imaginación. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 8 (17), septiembre-diciembre, pp. 233-257.
- Wiesel, Elie. (2002). Prefacio. En Barret-Ducrocq, F. (dir.) *¿Por qué recordar?* Barcelona: Granica, pp. 11-13.

Edgardo Civallero es bibliotecario, investigador, escritor, docente y músico nacido en Buenos Aires. Actualmente se desempeña como coordinador de la biblioteca de la Estación Científica de la Fundación Charles Darwin, en las Islas Galápagos, en Ecuador. Es licenciado en bibliotecología y documentación: se especializa en la clasificación del conocimiento, las humanidades digitales, la tradición oral, los servicios bibliotecarios para pueblos originarios y minoritarios, y los sonidos amenazados (lenguas y música).

* El presente texto es un fragmento de la conferencia presentada en el XXI congreso internacional de bibliotecología, Chile, 19-20 de octubre de 2017.

